

JACQUELINE WINSPEAR

ENTRE LOS OLVIDADOS



Traducción:
ANA BELÉN FLETES VALERA



MAEVA | NOIR

1

Londres, 24 de diciembre de 1931

MAISIE DOBBS, PSICÓLOGA e investigadora, levantó la pluma para estampar su nombre al final del informe en el que su ayudante, Billy Beale, y ella habían trabajado hasta tarde, la víspera, para poder terminarlo. Aunque era un caso bastante sencillo —un joven que había usado fraudulentamente el nombre de su honrado tío para obtener todo tipo de productos y servicios, y un hombre decidido a meter en vereda a su sobrino sin necesidad de avisar a la policía—, Maisie consideraba que ya era hora de que Billy se implicara más en la redacción de un documento importante como ese y participara más activamente en la reunión final con los clientes. Sabía que su ayudante tenía muchas ganas de emigrar a Canadá, ganas de alejar a su familia de la profunda depresión que se respiraba en Londres y del desconsuelo en el que los había sumido la muerte de su hija pequeña, Lizzie, hacía ya casi un año. Para encontrar un trabajo decente en un país nuevo tendría que ganar seguridad en sí mismo y en su trabajo, y teniendo en cuenta que ya había estado informándose en su nombre sin decirle nada, Maisie sabía que una mayor destreza en la comunicación oral y escrita sería un factor clave para alcanzar el éxito. Lo importante era que el informe estaba listo para entregar al cliente antes de que comenzaran las fiestas navideñas.

—Las once en punto, Billy. Justo a tiempo, ¿eh? —Maisie tapó la pluma y entregó el informe a su ayudante, que lo metió en un sobre y lo cerró con el cordón—. En cuanto termines la reunión, puedes irte y pasar el resto del día con Doreen y los niños. Te vendrá bien estar en casa el día de Nochebuena.

—Es usted muy generosa, señorita —dijo Billy sonriendo mientras iba a por los abrigos, colgados detrás de la puerta.

Maisie metió sus cosas en el maletín y sacó una caja de madera naranja de debajo de su mesa.

—Pero tendrás que pasar por aquí antes.

—¿Qué es eso, señorita? —preguntó él sonrojado, acercándose.

—Un regalo de Navidad para cada uno de tus hijos y otro para Doreen y para ti. —Abrió el cajón y sacó un sobre—. Y esto es para ti. Tuvimos un verano complicado, pero después mejoraron las cosas y al final no nos ha ido mal, y parece que vamos a empezar el año con bastante trabajo, así que aquí tienes tu paga extra. Te la has ganado.

Billy se puso aún más rojo.

—Es muy generoso por su parte, señorita. Le estoy muy agradecido. Seguro que esto anima a Doreen.

Maisie sonrió a su vez. No le hacía falta preguntarle por su mujer, pues conocía de sobra la profunda melancolía que sufría. Hubo un momento, hacia finales de verano, en el que las semanas de trabajo recogiendo lúpulo en Kent le habían devuelto el color a las mejillas y había engordado un poco, no se le veía tan chupada. Pero de nuevo en Londres, cuidar de sus hijos y trabajar haciendo arreglos de costura no habían conseguido levantarle el ánimo. Ella anhelaba tener en los brazos el cuerpo blanquito y suave de su niña.

Maisie miró el reloj de la repisa de la chimenea.

—Será mejor que salgamos ya.

Se pusieron el abrigo y el sombrero para protegerse del viento gélido que aullaba al dar la vuelta en la esquina y azotaba la plaza cuando la cruzaron en dirección a Charlotte Street. Esquivaron una carreta tirada por un caballo y cruzaron a toda prisa hacia la otra acera de la calle para sortear a un coche que se acercaba en dirección opuesta. Había mucho ajeteo. La gente caminaba deprisa, bajando la cabeza para protegerse del viento, algunos con paquetes debajo del brazo y otros, simplemente, con

ganas de llegar a casa lo antes posible. Maisie se fijó en un hombre a lo lejos —no sabría decir si era joven o mayor— que estaba sentado en la acera con la espalda apoyada en la fachada de una tienda. Pese a los metros que los separaban, vio el abatimiento que lo envolvía, la pesadumbre, los hombros caídos, una pierna estirada; lo que obligaba a los viandantes a rodearlo. El pelo húmedo se le pegaba a la cara, vestía ropa vieja y arrugada, y observaba a la gente pasar con los ojos enrojecidos y llenos de tristeza. Alguien se detuvo a hablar con un policía y lo señaló. Le inquietó el aire lúgubre del hombre, pero buscó unas monedas mientras se acercaban.

—Pobre hombre, en la calle en plena Navidad —dijo Billy negando con la cabeza, y también él se metió la mano en el abrigo buscando dinero suelto.

—Se ve que está demasiado exhausto para llegar a un comedor social o a un albergue. Tal vez esto le ayude —dijo Maisie preparando el dinero para dárselo.

Avanzaron unos pasos más en dirección a él y, de pronto, Maisie ahogó una exclamación y sintió como si se moviera a cámara lenta, como si estuviera en un sueño en el que la gente hablaba, pero no oía lo que decían. Vio que el hombre se movía, se metía la mano en el bolsillo interior del gabán raído, y aunque quería ofrecerle ayuda, estaba atrapada en un vacío de sonidos apagados y movimientos forzados. Vio que Billy fruncía el ceño y movía los labios, pero no podía hacerle comprender lo que había visto. Luego, la sensación, que había durado uno o dos segundos nada más, se esfumó. Maisie miró al hombre, a unos quince metros de ellos, y otra vez a Billy.

—Billy, date la vuelta y regresa por donde hemos venido.

—¿Qué ocurre, señorita? ¿Se encuentra bien? ¿Qué quiere decir?

Maisie le empujó el hombro para apartarlo con la sensación de caminar por el fango.

—Date la vuelta, Billy, vete.

Y como era su jefa y había aprendido a no dudar jamás de ella, Billy dio media vuelta y regresó a Fitzroy Square. Giró la cabeza con el ceño fruncido y vio que le tendía la mano con cautela al hombre, como queriendo calmar a un perro dispuesto a morder. Habrían pasado unos cuatro minutos desde que esquivaron la carreta, y en ese momento se encontraba...

La explosión impactó de lleno contra el trajín propio de la víspera de Navidad y en los segundos que sobrevinieron se hizo el silencio. Tan solo una grieta en la pared de los sonidos cotidianos y luego nada. Billy, que había luchado en el frente durante la Gran Guerra, conocía ese sonido, esa pausa. Era como si la tierra hubiera reventado y hubieran regresado a otro día, un día en el que la lluvia, el viento y los remolinos de hojas se convirtieron en un infierno sangriento.

—Señorita, señorita.

Billy se levantó del suelo adoquinado y regresó tambaleándose hacia donde se habían separado. El silencio se transformó en un abismo estridente donde los silbatos de la policía chiflaban, el humo y el polvo llenaban el aire y las salpicaduras de sangre subían por la pared de ladrillo reventada y los cristales hechos añicos que un momento antes formaban el escaparate de la tienda ante la que un hombre pedía limosna.

—¡Maisie Dobbs! Maisie... Señorita... —llamaba Billy entre sollozos avanzando a trompicones—. ¡Señorita! —gritó de nuevo.

—¡Eh, amigo! ¿Buscas a esta mujer?

Un vendedor de fruta estaba de rodillas junto a Maisie en medio de la calzada y le sostenía la cabeza con una mano, mientras le limpiaba la sangre del rostro con el pañuelo que se había quitado del cuello. Billy echó a correr hacia ella.

—Señorita... Señorita...

—No soy médico, pero creo que es una mujer con suerte. Ha salido volando hasta aquí. *Pa* mí que se ha *llevao* un buen golpe en el coco.

Maisie tosió y expulsó saliva mezclada con polvo.

—Ay, Billy, pensé que podría impedírselo. Pensé que me daría tiempo. Si hubiéramos llegado un poco antes, si hubiéramos...

—No se preocupe, señorita. Lo primero es asegurarnos de que está usted bien y después ya veremos.

Maisie negó con la cabeza y trató de incorporarse mientras se apartaba el pelo de los ojos.

—Creo que estoy bien. Solo he salido despedida. —Entornó los ojos y observó el jaleo que se había montado en la calle—. Tenemos que ayudar, Billy. Yo puedo ayudar a esas personas. —Intentó levantarse, pero se cayó de nuevo.

La ayudaron a ponerse en pie entre Billy y el frutero.

—Con cuidado, cielo, con cuidado —dijo el hombre, que miró a Billy con el ceño fruncido—. ¿Qué ha querido decir con que intentó impedírselo? ¿Sabía que había un *chalo* que estaba a punto de quitarse la vida y llevarnos a los demás con él?

Billy negó con la cabeza.

—No lo sabía, no. Esta mujer es mi jefa. Íbamos a ver a un cliente. Solo que...

—¿Solo que qué, amigo? ¿Solo que qué? Mira todo esto, esto es un jodido desastre, hay gente herida, ¿no lo ves? ¿Sabía ella que iba a pasar esto? Porque si lo sabía, ahora mismo voy a ese poli de ahí.

Billy rodeó los hombros de Maisie y echó a andar entre los cascotes, alejándose de los gritos de los heridos causados por un hombre que se había quitado la vida de la forma más horrible. Echó la vista atrás y miró a los ojos al frutero que lo estaba interrogando.

—No lo supo hasta que no vio al tipo. Lo supo cuando lo vio.

Maisie se dejó llevar por Billy, que aún volvió la cabeza una última vez hacia el otro hombre.

—No sé cómo, pero lo sabe. ¿Me entiendes? —dijo tratando de contener las lágrimas—. Y gracias por ayudarla, amigo. —La voz se le quebró—. Gracias por ayudarla.

—PASA POR AQUÍ y que se siente —les ofreció una mujer a la puerta de una tienda un poco más adelante.

—Gracias, muchas gracias. —Billy acompañó a Maisie hacia una silla en el interior de la tienda y se volvió hacia la tendera—: Será mejor que vaya a ver si puedo hacer algo.

La mujer asintió con la cabeza.

—Di a todos que vengan. Estoy hirviendo agua para el té. Es horrible en lo que se está convirtiendo el mundo.

Poco después la tienda estaba llena de gente, mientras las ambulancias se llevaban a los heridos más graves al hospital. Maisie se quedó allí sentada con una taza en las manos, sintiendo cómo la relajante bebida se iba enfriando, repasando la escena en su cabeza una y otra vez. Billy y ella habían cruzado la calle detrás de la carreta y el caballo y habían subido de un salto a la acera para que no los atropellara el vehículo que llegaba en el otro sentido. Iban hablando, fijándose en el ajetreo, la gente entrando y saliendo de los comercios, que ese día cerraban más temprano. Entonces vio al hombre de la pierna extendida en la acera, como si estuviera lisiado. Como tantas otras veces, se metió la mano en el bolso para ofrecer algo de dinero a alguien que tenía menos. Notó el tacto frío de las monedas en los dedos, vio al policía cruzar la calle y miró de nuevo al hombre: el aire lúgubre que lo envolvía pareció expandirse hasta casi tocarla, hasta un punto en que no podía oír ni moverse con su velocidad habitual.

Bebió un sorbo del té ya tibio. En ese momento lo había sabido. Había comprendido que el hombre iba a quitarse la vida. Pero pensó que tendría una pistola, o veneno tal vez. Se vio extendiendo la mano en un intento de apaciguar la mente herida del hombre, y después nada. Nada excepto un intenso dolor en la nuca y una voz a lo lejos: «Maisie Dobbs... Señorita». Una voz aterrada, una voz que se acercaba a ella.

—¿SEÑORITA DOBBS?

Maisie dio un respingo y faltó muy poco para que se le cayera la taza.

—Discúlpeme, no quería asustarla, su ayudante me ha dicho que estaba usted aquí.

El inspector Richard Stratton la miró y a continuación observó la escena. La propietaria había sacado las sillas que tenía y estaban todas ocupadas. Stratton se arrodilló.

—Estaba de guardia en la comisaría cuando tuvo lugar el suceso, de modo que me han avisado con rapidez. Por casualidad he visto al señor Beale y me ha dicho que ha sido usted testigo de cómo un hombre se quitaba la vida. —Hizo una pausa como tratando de evaluar el estado de ánimo de Maisie—. ¿Se encuentra bien para responder a unas cuestiones? —preguntó con una suavidad que no solía emplear cuando hablaba con ella. Sus interacciones eran bastante acaloradas a veces, por no decir otra cosa.

Maisie asintió con la cabeza, consciente de que no había dicho ni una palabra desde la explosión. Se aclaró la garganta antes de contestar.

—Sí, por supuesto, inspector. Solo estoy un poco aturdida. Me he llevado un buen golpe, creo que he estado inconsciente unos minutos.

—Ah, la ha encontrado. —El inspector y Maisie miraron hacia la puerta de la tienda por la que entraba Billy—. Le he traído el maletín, señorita. Todos los documentos están dentro.

Maisie asintió con la cabeza.

—Gracias, Billy.

Al mirarlo, vio la preocupación en el rostro de su ayudante, y también cierta determinación. Pese a que habían pasado más de trece años, la guerra seguía afectándole en el aspecto emocional, y aunque el dolor de las heridas se había atenuado, no había remitido por completo. Seguro que lo sucedido lo había removido por dentro, como cuando se quitaba uno el vendaje de un corte reseco y la herida volvía a abrirse.

—Tengo el coche fuera. Puedo llevarlos a la oficina y hablar allí. —Stratton se levantó, tendió el brazo a Maisie para que se apoyara en él y la acompañó hasta la puerta—. Sé que este no es el mejor momento para usted, pero es el mejor momento para nosotros. Me gustaría que hablásemos en cuanto llegemos a su edificio, para que no se le olvide nada.

Maisie se detuvo y lo miró.

—Olvidar nunca me ha preocupado, inspector. Recordar es lo que me hace vacilar.

HABÍAN ESTABLECIDO UN cordón policial alrededor de la zona de la explosión y, aunque ya no resonaban los gritos de dolor, la gente se había reunido a mirar mientras la policía entraba y salía de los establecimientos de la zona, anotando nombres y ayudando a aquellos que se habían visto atrapados en mitad de aquella tragedia mientras hacían recados antes de Navidad. Maisie no quería volver a mirar la calle, pero al ver a la gente hablando de lo sucedido imaginó a aquellas personas volviendo a casa y diciendo: «No vais a creer lo que he visto» o «¿Habéis oído lo del chiflado ese de la bomba en Charlotte Street? Pues resulta...». Y se preguntó si podría volver a pasar por aquella calle sin sentir que salía despedida del suelo.

EL INSPECTOR RICHARD Stratton y el sargento Caldwell se sentaron cada uno en una silla delante del escritorio de Maisie. Billy había servido ya el té en tres tazas y estaba llenando una cuarta más grande, de metal esmaltado, a la que puso extra de azúcar y le dio vueltas antes de dejarla en la mesa al lado de su jefa.

—¿Se encuentra bien, señorita?

Maisie asintió con la cabeza y se aferró a la taza, igual que en la tienda un rato antes, como queriendo absorber hasta la última gota de calor.

—Tenga cuidado, no vaya a quemarse, señorita, está caliente.

—Claro, no te preocupes.

Maisie dejó la taza sobre una carpeta de papel manila que tenía delante. Al separar las manos, Billy se fijó en las manchas rojas que le habían salido en la piel que había estado en contacto con el metal caliente; ella ni siquiera se había dado cuenta.

—¿Qué tal la cabeza? —preguntó el inspector inclinándose hacia delante, con el ceño fruncido, para dejar la taza y el platillo sobre la mesa, sin dejar de mirar a Maisie. Los dos se habían conocido tres años atrás cuando ella trasladó a la policía un caso en el que había trabajado. El policía, viudo y con un hijo pequeño, había abrigado en algún momento esperanzas de mantener una relación amorosa con ella, pero Maisie, que no era tan hábil en el tema de las relaciones personales como en el ámbito profesional, había cortado de raíz todo acercamiento. Su relación en esos momentos era solo laboral, aunque, desde fuera, a Billy no se le escapaba que Richard Stratton sentía un afecto especial por ella; pese a que era evidente que su jefa lo llevaba al borde de la exasperación a veces, entre otras cosas porque su instinto detectivesco era mucho más afilado que el de él. De una forma o de otra, ambos se respetaban, y ella confiaba en él.

Maisie alargó la mano y se tocó la cabeza, unos cinco centímetros por encima del hueso occipital.

—Me ha salido un buen chichón —dijo bajando los dedos hacia la cicatriz que le había dejado, en el cuero cabelludo, la herida sufrida cuando era enfermera durante la guerra. La cicatriz era un recordatorio constante del bombardeo que la había herido y había terminado arrebatándole la vida a Simon Lynch, el médico al que amaba—. Al menos no se me han abierto las heridas de guerra —añadió negando con la cabeza, consciente de lo irónico de sus palabras.

—¿Seguro que se encuentra bien para responder? —preguntó el inspector con más suavidad.

Caldwell puso los ojos en blanco.

—Creo que es necesario seguir con la investigación, señor. Stratton iba a decir algo cuando Maisie se levantó.

—Sí, por supuesto, el señor Caldwell tiene razón, hay que seguir con la investigación.

Billy estudió su libreta sin poder evitar la sonrisilla que le asomó a los labios. Sabía que su jefa y Caldwell no se podían ni ver, y que el hecho de que lo llamara «señor» en vez de «sargento» ponía de manifiesto que, aunque hubiera perdido el conocimiento por un momento, desde luego no estaba fuera de combate.

—Empezaré por el principio —dijo Maisie, comenzando a caminar de un lado a otro con los ojos cerrados mientras hacía memoria de lo sucedido esa mañana, desde que le puso el capuchón a la pluma hasta el momento de la explosión que había hecho pedazos el cuerpo de aquel hombre y herido a varios transeúntes.

—Entonces, la bomba...

—Una bomba Mills —le corrigió Billy, interrumpiendo distraídamente mientras la observaba caminar hasta la ventana y volver, pues el ritmo pausado y repetitivo de sus pasos la ayudaba a concentrarse.

—¿Una bomba Mills? —dijo Stratton mirándolo. Maisie se detuvo.

—¿Qué? —dijo Billy mirándolos, primero a uno y luego al otro.

—Ha dicho una bomba Mills. ¿Está seguro de que era una bomba Mills? —preguntó Caldwell, chupando la punta de grafito de su afilado lápiz para seguir tomando notas.

—Escuche, amigo, fui zapador en la guerra. ¿Qué quiere decir con que si estoy seguro? Si disparase ahora mismo una salva con una docena de rifles distintos, podría identificar cada uno. Pues claro que sé que era una bomba Mills, unos cacharros muy peligrosos. Vi a unos cuantos compañeros salir volando por los aires al tirar de la anilla. La bomba Mills no es ni más ni menos que una granada.

Stratton levantó la mano.

—Caldwell, creo que podemos fiarnos de la palabra del señor Beale. —Y volviéndose hacia este continuó—: E imagino que no le resultaría complicado a un civil hacerse con uno de esos proyectiles.

—Imagina bien. Hay quien se dedica a viajar hasta Francia en busca de *souvenirs* de la guerra para traérselos a Inglaterra. Seguro que sales a dar un paseo por uno de esos campos franceses y vuelves con una cesta llena. Y la gente que desea algo con toda el alma encuentra la manera de conseguirlo, ¿no le parece?

—Y ese hombre no siempre fue un civil —añadió Maisie, sentándose de nuevo—. A menos que tuviera un accidente en una fábrica, ese hombre fue soldado. Estuve bastante cerca de él como para calcular su edad, unos treinta y cinco o treinta y seis, y llevaba la pierna izquierda sujeta con una férula, de modo que la gente tenía que rodearlo, porque no podía doblarla hacia dentro. Y puede que le hubieran amputado la derecha.

—Si no era así, desde luego ahora sí —dijo Caldwell, riéndose con suficiencia al oír el comentario de Maisie.

—Si no tiene más preguntas, inspector, creo que me voy a casa. Salgo hacia Kent esta noche y me vendría bien descansar un rato antes de coger el coche.

Stratton se levantó seguido por Caldwell, que miró a Maisie, y esta le devolvió una mirada de puro hielo.

—Faltaría más, señorita Dobbs —dijo Stratton—. Me gustaría hablar más detenidamente sobre el asunto, saber la impresión que le produjo el hombre. Y, como es natural, tendremos que interrogar a otros testigos. Aunque parece que no fue usted la persona que más cerca estuvo del hombre, sí es la que más cosas recuerda de él.

—Jamás lo olvidaré, inspector. El hombre estaba desesperado y me aventuraría a decir que no tenía a nadie ni nada por lo que vivir; y en esta época del año es cuando uno más necesita sentir que no está solo.

El inspector se aclaró la garganta.

—Sin duda.

Estrechó la mano a los dos y les deseó unas felices fiestas.

Seguidamente, Maisie le tendió la mano a Caldwell y dijo con una sonrisa:

—Y feliz Navidad para usted también, señor Caldwell.

MAISIE Y BILLY observaron desde la ventana cómo los dos hombres se subían al Invicta. El chófer cerró la puerta del asiento trasero y, a continuación, volvió a su asiento. Manióbró para salir hacia Charlotte Street y, una vez allí, puso la sirena y pisó el acelerador en dirección al lugar de la explosión. No habían pasado ni dos horas desde que Maisie había visto a un hombre activar la granada que llevaba dentro del raído y sucio gabán militar.

Al volverse hacia su ayudante, Maisie vio al hombre que había dentro del joven. ¿Cuántos años tendría? Probablemente, solo unos pocos más que ella; treinta y alguno diría, treinta y siete tal vez. Había momentos en los que el Billy que trabajaba con ella seguía siendo un muchacho, un chaval de los bajos fondos del East End, con el pelo trigueño revuelto y la sonrisa dispuesta para conseguir lo que se propusiera. Y luego había otros momentos en los que el peso de la vida que llevaba a cuestas, la tez cenicienta, el pelo apagado y la cojera, herencia de una herida de guerra, se volvían difíciles de manejar. Maisie sabía que cuando estaba en uno de esos momentos, Billy vagaba por las calles de noche, asediado por los recuerdos de la guerra, y se le echaba encima el sufrimiento de la familia. Los acontecimientos del día le habían reabierto las heridas, igual que a ella. Y en vez del cariño y el consuelo de su familia, Billy encontraría un motivo más de preocupación por su mujer, sus hijos y su futuro. Y Maisie no podía hacer mucho más por ellos.

—¿Por qué no te vas a casa, Billy? —Metió la mano en el monedero y sacó un billete—. Compra unas flores para Doreen y unos caramelos para los niños por el camino. Es Nochebuena y tenéis que cuidar los unos de los otros.

—No hace falta, señorita. Ya me ha dado paga extra, es más que suficiente.

—Entonces considéralo un extra de peligrosidad. Vamos, acéptalo y vete.

—¿Seguro que estará usted bien?

—Ya me encuentro mucho mejor, no te preocupes. Y estaré aún mejor cuando vaya a Chelstone. Mi padre me espera con la

chimenea encendida y una buena cena, el mejor remedio que conozco.

—Y que lo diga, señorita. —Se puso el abrigo y la gorra y se despidió con la mano—: ¡Feliz Navidad!

Nada más oír cerrarse el portal del edificio, cuando Billy salió a la desapacible tarde, Maisie fue al cuarto de baño del pasillo sujetándose en la pared. Se agarró el estómago al notar que las náuseas le subían a la boca y supo que su malestar no se debía solo al tremendo dolor de cabeza y al hecho de haber visto a un hombre quitarse la vida, sino que también le preocupaba la sensación de que la vigilaban. Era como si alguien le hubiera tocado entre las escápulas, una presión fría directa sobre la piel. Y la sensación seguía allí al volver al despacho, como si esos gélidos dedos la acompañaran adonde fuera.

Se sentó delante de su escritorio, cogió el teléfono negro y llamó a su padre. Esperaba que contestara, ya que Frankie Dobbs seguía mirando con suspicacia el aparato que su hija había hecho instalar en su casa dos años atrás. El hombre se acercaba al aparato, lo miraba y ladeaba la cabeza con recelo, evaluando las consecuencias de responder. Y pasados unos segundos levantaba el auricular y, manteniéndolo a unos buenos cinco centímetros de la oreja, decía con toda la autoridad que podía: «Chelstone tres, cinco, dos, dos... ¿Eres tú, Maisie?». Y siempre era ella, obviamente, ya que nadie más lo llamaba.

—¿Eres tú, Maisie?

—Claro que soy yo, papá.

—Imagino que no tardarás mucho en venir. El estofado está en el fuego y el árbol espera para que lo decoremos juntos.

—Papá, lo siento, pero voy a ir mañana. Saldré temprano y llegaré a desayunar.

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien, cariño?

Maisie carraspeó antes de responder.

—Tengo la garganta un poco irritada. No creo que sea nada, pero también me duele la cabeza y hay mucha gente enferma por todas partes. Seguro que mañana me encuentro bien.

—Te echaré de menos.

Su padre levantaba mucho la voz cuando hablaba por teléfono, daba igual lo que dijera, como si tuviera que gritar para que sus palabras llegaran hasta Londres. En vez de una conversación cariñosa, parecía que la estuviera regañando.

—Y yo a ti, papá. Mañana nos vemos.

MAISIE SE QUEDÓ descansando un rato más sentada junto a la estufa y abrió las salidas del gas para entrar en calor. Tomó de nuevo el teléfono, esa vez para llamar al cliente con quien se suponía que iban a reunirse Billy y ella esa mañana, y se tomó otro descanso esperando a ver si se le pasaba el mareo y se sentía capaz de ir caminando hasta Tottenham Court Road y tomar un taxi. Cuando ya estaba cogiendo el abrigo y el sombrero, sonó el timbre del portal. Recogió sus pertenencias, y ya se disponía a apagar las luces cuando se dio cuenta de que, entre unas cosas y otras, Billy se había olvidado los regalos para su familia en la oficina. Apagó la estufa, puso el maletín encima de los regalos y apagó las luces. Cerró con llave la puerta del despacho, apoyándose la caja en la cadera, y bajó con cuidado las escaleras hasta el portal.

—Pensé que lo mismo seguía usted aquí —dijo Richard Stratton quitándose el sombrero cuando Maisie abrió la puerta de la entrada del edificio.

Maisie se dio la vuelta para subir de nuevo.

—¿Tiene más preguntas? ¿Tan pronto?

El inspector cogió la caja y negó con la cabeza.

—Ah, no, no es eso. Bueno, sí que tengo más preguntas, pero no he venido por eso. Me pareció que no tenía usted buen aspecto. Ha debido de sufrir una conmoción cerebral. He dejado a Caldwell en Charlotte Street y he vuelto. Vamos, mi chófer la llevará a casa, pero antes pasaremos por el hospital para que le echen un vistazo a su cabeza.

—Creo que hace tiempo que quiere que le echen un vistazo a mi cabeza, ¿eh, inspector? —dijo ella, asintiendo.

Él le abrió la puerta del coche y esperó a que entrara.

—El golpe no ha sido muy fuerte porque veo que sigue bromeando, señorita Dobbs.

Cuando el coche se puso en marcha, Maisie se dio la vuelta y observó la plaza por la luna trasera hasta que el dolor de cabeza se le hizo insoportable y se giró de nuevo.

—¿Se le ha olvidado algo?

—No, nada, no es nada.

Nada aparte de la sensación entre las escápulas que la perseguía desde esa mañana. La percepción de que alguien la había visto tratando de ayudar a ese pobre hombre, que los había visto mirarse a los ojos un segundo antes de que este tirase de la anilla de la granada. Y sentía que ese alguien seguía observándola en ese preciso momento.

Estúpido, estúpido, estúpido. ¡Será necio! Tendría que haberlo imaginado, debería haberme dado cuenta de que se encontraba al borde del precipicio. Jamás pensé que ese idiota se quitaría la vida. Cretino. Tendría que haber esperado. ¿Acaso no le dije que debíamos esperar el momento propicio? ¿No le dije una y otra vez que teníamos que dominar la ira hasta que nos hicieran caso, hasta que ocurriera lo que yo sabía que nos permitiría dar a conocer nuestra situación? El único que lo sabe ahora es el gorrión. Una criaturilla gris e insignificante que viene cada día buscando las migas. Él lo sabe. Él me escucha, espera a que le cuente mi plan. Y menudo plan. Ya verás como entonces sí que me hacen caso. Se van a enterar. Lo he llamado Croucher. Croucher, el gorrioncillo; siempre ahí, con su canto repetitivo y su eterna sonrisa. Hoy tengo mucho que contarle.

El hombre cerró su diario y dejó encima el lápiz. Escribía siempre con lápiz, al que sacaba punta todos los días por la mañana y por la noche con un cuchillo afilado, porque el sonido que hacía la mina gastada y la madera de alrededor contra el papel vitela, arañándolo por no estar bien afilada, le producía

dentera y le entraban escalofríos. Era lo que pasaba con los sonidos. Los sonidos se te metían en el cuerpo, reptaban por debajo de la piel. Los cascos de los caballos sobre los adoquines, el chirrido de las ruedas de los carros por falta de engrasado, el crujido y el ruido seco que hacía el chico de los periódicos al doblar el *Daily Sketch*. Por eso siempre escribía con lápiz de mina blanda, pero larga y bien afilada, para no oír sus palabras formándose en la página.